

## *Colón, el Almirante*

Viendo entonces Nuestro Señor cuán difícilmente se sostenía el Almirante contra tantos contradictores, quiso que el jueves 11 de octubre, después del mediodía, cobrasen mucho ánimo y alegría, porque tuvieron indicios manifiestos de estar cerca de tierra. Pues los de la capitana vieron pasar cerca de la nave un junco verde, y después un gran pez verde de los que no se alejan de los escollos. Luego los de la Pinta vieron una caña y un palo, y cogieron otro palo labrado con mucho artificio, y una tablilla y una mata arrancada de las hierbas que nacen en la costa. Otros indicios semejantes vieron los de la Niña, y un espino cargado de frutos rojos que parecía recién cortado.

Por cuyas señales y por lo que le dictaba su razonamiento, teniendo el Almirante por cosa cierta que estaba próximo a tierra, ya de noche, cuando se acababa de decir la Salve Regina que los marineros acostumbraban cantar siempre al anochecer, les habló a todos en general, recibiendo las mercedes que Nuestro Señor les había hecho en llevarlos tan seguros y con tanta prosperidad, con buenos vientos y navegación, y en consolarlos con indicios que cada día se vieran más abundantes; y les rogó que aquella noche velasen con atención, recordándoles que bien sabían según se los había ordenado en el primer capítulo de la instrucción dada por él a todos los nativos en las Canarias, que después de haber navegado por Poniente setecientas leguas sin haber encontrado tierra, no caminasen desde la media noche hasta ser de día. Ya que, puesto que el deseo de ver tierra no era suficiente para encontrarla, por lo menos la buena vigilancia supliese a su atrevimiento. Y como él tenía aquella noche certísima esperanza de tierra, mandó que cada uno hiciese tierra por su parte: pues además de la merced que sus altezas habían prometido de diez mil maravedís anuales de por vida a quien primero viese la tierra, él le daría un Jubón de terciopelo.

Dicho esto, dos horas antes de media noche, estando el Almirante en el castillo de popa, vio una luz en tierra; pero dice que fue una cosa tan tenue que no se atrevió a afirmar que fuera tierra. Llamó a Pedro Gutiérrez, repostero del Rey Católico, y le dijo que mirase si veía dicha luz. Y respondió que sí la veía; por lo cual llamaron enseguida a Rodrigo Sánchez de Segovia, para que mirase hacia aquella parte; mas no pudo verla porque no subió con bastante rapidez al sitio desde el cual podía verse. Ni después la vieron salvo una o dos veces por lo cual juzgaron que podía ser candela o antorcha de pescadores o de caminantes, que alzaban y bajaban dicha luz, o que por ventura pasaban de una casa a otra: porque desaparecía y tornaba a seguir de repente, con tanta presteza que pocos por aquella señal creyeron estar cerca de tierra.

Sin embargo andando ya con mucha vigilancia, siguieron su camino hasta que, casi dos horas después de media noche, la Pinta, que por ser gran velera iba muy delante, hizo la señal de tierra la cual vio primeramente un marinero llamado Rodrigo de Triana cuando estaban a dos leguas de ella pero la merced de los diez mil maravedís no le fue concedida por los Reyes Católicos, sino al Almirante, que había visto la luz en medio de las tinieblas, denotando la luz espiritual que le había de hacer entrar en ellas.

Estando, pues, ya cerca de tierra, todos los navíos se pusieron al reparto, pareciéndoles muy largo el tiempo que faltaba hasta el día, para gozar de cosa tan deseada.

*De cómo el Almirante saltó a tierra y tomó posesión de ella en nombre de los Reyes Católicos*

Llegado el día, vieron que era una isla de quince leguas de larga, llana y sin montañas, llena de árboles muy verdes y de muchas aguas, con una gran laguna en medio, poblada con muchas gentes que con mucho afán acudían a la playa, atónitos y maravillados a la vista de los nativos creyendo que fuesen algunos animales; y no veían la hora de saber qué cosa eran no menos prisa tenían los cristianos por saber quienes eran ellos; pero muy presto se vio satisfecho su deseo, porque tan pronto como echaron anclas,

el Almirante bajó a tierra con el batel armado y el estante real desplegado. Lo mismo hicieron los capitanes de los otros dos navíos, entrando en sus bateles con la bandera de la empresa, que tenía pintada una cruz verde con una F de un lado, y en el otro unas coronas en memoria de Fernando y de Isabel.<sup>1</sup>

Habiendo todos dado gracias a Nuestro Señor arrodillados en tierra, y besándola con lágrimas de alegría por la inmensa merced que les había hecho, el Almirante se levantó y puso a la isla el nombre de San Salvador.<sup>2</sup> Después, con la solemnidad y las palabras adecuadas, tomó posesión de ella en nombre de los Reyes Católicos, estando presente mucha gente en la tierra que allí se había reunido. Acto seguido los cristianos lo aceptaron por Almirante y virrey, y le juraron obediencia, como a quien ya representaba la persona de Sus Altezas, con tanta alegría y placer cuanto de semejante victoria era justo que tuviesen, pidiéndoles todos perdón de las ofensas que por miedo e inconsciencia le habían hecho.

Concurrieron muchos indios<sup>3</sup> a esta fiesta y alegría, y viendo el Almirante que era grande masa, tranquila y de gran sencillez, les pidió algunos bonetes rojos y cuentas de vidrio, las que se ponían al cuello; y otras cosas de poco valor, que fueron más estimadas por ellos que si hubieran sido piedras preciosas de mucho precio.

### ***Las Indias: la encomienda***

*Esta carta demuestra hasta qué punto Carlos V quiso implicarse en el debate sobre la colonización de las Indias, que iba a dar lugar a la convocatoria de las Juntas Consultivas para las Indias.*

Augsburgo, 18 de enero de 1548.

[...]. Y señaladamente, cuanto al gobierno de las Indias, es muy necesario que tengáis solicitud y cuidado de saber y entender cómo pasan las cosas

---

<sup>1</sup>Las banderas, según nos dice Colón en su *Diario de abordo*, llevan una F (Fernando) y una Y (Isabel) y “encima de cada letra su corona”.

<sup>2</sup> San Salvador o Watlings, en el archipiélago de las Bahamas.

<sup>3</sup> Así se llamó desde entonces a los indígenas americanos, porque Colón creía haber llegado a la extremidad oriental de Asia.

· Joseph Pérez, *Carlos V, soberano de dos mundos*, Barcelona, Ediciones Grupo Zeta, 1998, pp. 143.

de allí y de asegurarlas por el servicio de Dios y para que tengáis la obediencia que es razón, con la cual las dichas Indias serán gobernadas en justicia, y se tornen a poblar y rehacer, y para que se olvide a las opresiones de los conquistadores, y otros que han sido allá con cargo y autoridad y so color de esto, con sus dañadas intenciones, han hecho y hacen; y para que los indios sean amparados y sobrellevados en lo que fuese justo, y tengáis sobre los dichos conquistadores, y sus haciendas la autoridad, superioridad, preeminencia y conocimiento que es razón y conviene para ganar y haber la buena voluntad y fidelidad de los dichos indios, y que el Consejo de las Indias se desvele en ello sin otro respecto alguno particular y como cosa que importa mucho.

### ***Los herejes: el último auto de fe del reinado del emperador.***

*Al final de su vida Carlos V continuaba obsesionado por el peligro luterano.*

Ruego a mi hijo [Felipe II] y se lo pido encarecidamente y con la mayor vehemencia posible, como un padre que le quiere tanto, en nombre de la obediencia que me debe, que vele con sumo cuidado por este asunto tan importante y de tan serias consecuencias; pido que los herejes sean perseguidos y castigados de manera ejemplar y severa, como lo merecen, y sin excepción alguna, sin tener en cuenta ninguna intervención, sin deferencia para con quien quiera que sea.

Concilio de Yuste, 1558.

### ***Carlos V, ¿un monarca iluminado?***

La sumisión de tantos príncipes a sus pies le confieren una grandeza que impresiona. Pero su grandeza radica en haber ido a expulsar a Solimán de Hungría, al frente de cien mil hombres, ayudado de su hermano Fernando, y sobre todo de los príncipes protestantes de Alemania, que acudieron para la defensa común. Con este episodio se inicia su vida activa y su gloria personal; al tiempo que combate contra los turcos mantiene a raya a los

---

Joseph Pérez, *op. cit.*, p. 143.

*Ibidem*, pp. 148-149.

franceses más allá de los Alpes, convoca un concilio y regresa a España para ocuparse de la guerra en África. Desembarca en las costas de Túnez (1535), vence al usurpador de aquel reino, deja en el trono de Túnez a un rey vasallo de España, libera a dieciocho mil cautivos cristianos, a los que trae triunfante de vuelta a Europa, y que gracias a los favores y dádivas del emperador elevarán hasta el cielo, cada uno en su partido, el nombre de Carlos V.

Cualquiera de los reyes de entonces parecía pequeño ante él, y el esplendor de su fama oscurecía cualquier otra gloria.

Su buena estrella quiso que Solimán, adversario más temible aun que Francisco I, estuviera entonces ocupado en sus luchas contra los persas (1534). Había tomado Tabriz, y desde allí, rodeando la antigua Asiria, y desde allí, rodeando al antigua Bagdad, la nueva Babilonia. Se había adueñado de Mesopotamia, que ahora se llamaba Diarbek, y del Kurdistán, la antigua Susiana. Finalmente, se había hecho coronar rey de Persia por el califa de Bagdad. Los califas de Persia hacía tiempo que ya no gozaban de otra función que la de entregar el turbante de los sultanes en las ceremonias y ceñir el sable más poderoso. Tras los reinados de Mahmud, Gengis, Tamerlán Ismail, Sofi, los persas estaban acostumbrados a cambiar de manos (1535). Solimán, tras haberse hecho con la mitad de Persia derrotando a Tamas, hijo de Ismail, había regresado triunfante a Constantinopla. Sus generales estaban ahora perdiendo en Persia la mitad de las conquistas conseguidas por su señor.

El equilibrio de los dominios territoriales se tambaleaba, los Estados sucumbían bajo la presión de los demás; Persia se hacía con Turquía. Turquía atacaba Alemania e Italia, Alemania y España y Francia habían tenido nuevos enemigos.

Europa no se había visto sacudida por tanta violencia desde la caída del imperio romano y ningún emperador, desde Carlomagno, había sido tan brillante como Carlos V. El primero ostenta el primer rango de la memoria de los hombres como conquistador y fundador; el otro, a pesar de su poder,

representa a un personaje más difícil de definir. Carlomagno, gracias a sus innumerables ejércitos aguerridos, con Pinto y Carlos Martel a la cabeza, arrasó a los debilitados lombardos y sometió a los salvajes sajones. En cambio sobre Carlos V siempre pesa la amenaza de Francia, de los turcos y de media Alemania.

Inglaterra que en el siglo VIII se aisló del resto de mundo, es en el siglo XVI un poderoso reino a tener en cuenta. Pero lo que hace que el gobierno de Carlos V sea muy superior al de Carlomagno es el hecho de que aunque tuviera aproximadamente la misma extensión de países de Europa bajo sus leyes, en el reinado de Carlos V esos países están mucho más florecientes y cuentan con grandes hombres en todos los ámbitos. En los primeros tiempos del renovado Imperio de Occidente no había ni una sola plaza comercial importante. Ningún nombre, salvo el de su gobernante, ha quedado para la posteridad. El condado de Flandes del siglo XVI vale por sí solo lo que todo el imperio del siglo IX. En el tiempo de Paulo III, Italia es la Italia de Alejandro I, y León III lo que la nueva arquitectura al nuevo arte gótico. Y no me refiero sólo a las bellas artes, que inauguraban ese siglo al de Augusto, o a la satisfacción de Carlos V por contar con tantos hombres insignes entre sus súbditos. Me refiero a los asuntos públicos y al estado general del mundo.